

CULTURA

Varias novelas como 'Un amor', adaptada al cine, 'Soy fan' o 'Kairós' exploran relaciones desiguales plagadas de autodestrucción y desconfianza

Colgadas de un hombre maduro

NOELIA RAMÍREZ, **Barcelona**
 “Una burrada de años”. Desde que se las dijo su amante, esas cuatro palabras atormentan hasta el delirio insomne a Nat, la traductora que, huyendo de sí misma, se ha instalado sola en una casa cochambrosa bajo un monte perturbador en *Un amor*. La protagonista de la novela, fenómeno editorial, que publicó Sara Mesa en Anagrama en el verano de 2020, y que Isabel Coixet ha adaptado al cine con Laia Costa interpretándola, siempre consideró que la juventud era una estrategia para seducir a los hombres, pero no una amenaza. Porque “una burrada” no son los 10 o 12 años que la separan de Andreas, el cincuentón del que se ha colgado en ese pueblo feo y asfixiante. “Una burrada” —más de 20, le dice— es el abismo entre este topógrafo parco y la edad de la que fue su primera mujer. Es enterarse de la insultante juventud de la anterior y empezar a ver fantasmas de celos hasta en las chavalas que se le acerquen.

La de la novela de Sara Mesa no es la única heroína literaria colgada por un señor que podría ser amigo de su padre. También es la apuesta narrativa de Raven Leilani en *Brillo* (Blackie Books, 2022); Megan Nolan en *Acts of Desperation* (todavía sin traducción al español y editada por Little, Brown and Company en 2021); Emma Cline con su sonadísima *The Guest* (que traducirá al castellano Anagrama en 2024); Sheena Patel en *Soy fan* (Alpha Decay, 2023); o Jenny Erpenbeck en *Kairós* (Anagrama, 2023). Autoras que, parafraseando a la canción de Becky G, han hecho del “a mí me gustan mayores / de esos que llaman señores” un nuevo paradigma en las narrativas de la heterosexualidad.

Nada bobaliconas ni indefensas, estas protagonistas son independientes y valientes, pero atrapadas en la contradicción de haber heredado unos ideales románticos de los que reniegan, o eso creen ellas, buscando nuevas salidas. Novelas para entender qué pasa cuando, ya sea por desdén con los de su quinta, aspiración de clase o confort vital o por puro yonquismo emocional, su obsesión es conseguir la atención de un hombre mayor.

En *Un amor*, Nat considera que esa década entre ella y Andreas la hace “poderosa” y “eleva su valor de mercado”. Algo similar ocurre en *Soy fan*, donde la protagonista sin nombre cree que ostentar el pico más alto de su fertilidad le aporta valor añadido frente a su amante maduro. “Pienso, soy joven, tengo óvulos, puedo engendrar vida para él. Podría lucir mi relativa juventud y mi belleza en comparación con su mujer”, reflexiona en cierto momento de la novela esta artista entre la veintena y la treintena, integrante del precariado cultural, hija de migrantes en Londres,



Laia Costa y Hovik Keuchkerian, en *Un amor*, de Isabel Coixet.

Las protagonistas son independientes, pero han heredado ideales románticos

Asa Seresin llama “heteropesimismo” al desapego hacia los varones

“El desequilibrio de poder es una droga potente”, escribe Raven Leilani

cansada de convivir con un novio pánfilo y obsesionada con un artista mayor que ella que, además de estar casado con otra mujer (mayor), la ningunea frente a otra amante, más blanca, más rica, más estilosa y con más seguidores en Instagram.

“La juventud es algo que las mujeres pueden usar contra otras mujeres. Es un miedo que te asalta. Como mujer, sabes que podrás ser reemplazada”, explica Patel en un intercambio de correos electrónicos a propósito del uso del capital de la fertili-



Emma Cline.



Sheena Patel.



Raven Leilani.



Amia Srinivasan.

dad en su novela. Algo de todas estas heroínas que puentean a sus coetáneos por estrés o puro desinterés conecta con la lectura social y el sesgo de confianza en la heterosexualidad que están explorando autoras de ensayo como Asa Seresin, Katharine Angel o Amia Srinivasan.

La primera definición hace unos años en la revista *The New Inquiry* a esta era como la del “heteropesimismo”, marcada por un desapego femenino hacia los hombres, vistos como la raíz del problema en la teoría, aunque se si-

guen deseando, sin esperanza, en la práctica. Angel extendió la teoría al hablar de cómo ha calado entre las mujeres de forma generalizada el arrepentimiento, la vergüenza ajena y la desesperación en sus relaciones en *El buen sexo mañana*. Y Srinivasan, analizando a sus estudiantes de Oxford en el texto *Hablando de porno con mis alumnos*, llegó a la conclusión de que si sus universitarias eran más feministas que las de su generación (que no se consideraban públicamente como tal, o no llegaron a planteár-

selo) era porque “existe un empeoramiento de sus circunstancias en materia de sexo” con los de su edad.

“Más allá del hecho de que los hombres mayores tienen una economía más saneada y un conocimiento distinto del clítoris, está la potente droga que es el profundo desequilibrio de poder”, piensa Edie, la coordinadora editorial que malvive a sus 23 años en Nueva York y que protagoniza la novela *Brillo*. El aplaudido debut de Raven Leilani dispara a bocajarro sobre el hastío de las jóvenes por sus iguales. Edie, que presume de “masticar” y comerse a los de su edad “por imperativo biológico”, acabará embarrada en una relación a tres bandas con Eric (“el único hombre en mi memoria reciente que ha hecho que me corra, pero ni siquiera está en Twitter”) y la mujer de este, Rebecca.

Vida confortable

Conscientes de los privilegios y abismos de clase que les separan de sus amantes, ellas, en su mayoría, malviven compartiendo casa; ellos han alcanzado el confort de una vida alejada de la precariedad. Si para Edie “un hombre mayor es una maravilla porque lleva treinta y ocho años pagando las facturas del gas, ha tenido salmonelosis y no se ha quitado la vida”; para Alex, la *escort* (acompañante remunerada) de 22 años camuflada en los Hamptons y protagonista de *The Guest*, la angustia se dispara al pensar en todo lo que debe demostrar a los veinteañeros. “Los más jóvenes tenían que hacer que todo en ella significara algo, convertir cada elección y preferencia en un referéndum sobre su personalidad”, cuenta en la novela de Cline. Por eso ha iniciado una relación con Simon, un ricachón que la ha llevado a su casa de veraneo sin saber que ella se prostituye habitualmente, arrastrando deudas y decepciones con todo aquel que haya pasado por su vida.

“Estamos todas inmersas en un proceso colectivo de autolesión”, reflexiona sobre su particular condena la protagonista en *Soy fan*. No está sola. En *Acts of Desperation*, la novela de Nolan sobre otra veinteañera sin nombre obsesa por un crítico de arte mayor, la bajada a los infiernos por la atención de un amante, rozando el porno del trauma, será la más agónica de todas.

Sin un guiño al manoseado romanticismo con el que Hollywood educó sentimentalmente a estas mujeres, la sensación de enfangamiento lo impregna todo. “Por primera vez en su vida, un hombre adulto la ama. Por primera vez, se ve más y más arrastrada con cada encuentro”, cuenta la voz que narra *Kairós*, la última novela de Erpenbeck. En esta ficción, el idilio descompensado entre Hans, un escritor cincuentón, y Katharina, una joven de 19 años, se inicia a finales de los ochenta.

Aunque esta última es la única autora que descubre al lector qué piensa el amante, en el resto de novelas ellos ni sienten ni importan. Son ficciones donde se omite el pensamiento masculino. La única voz protagonista, la auténtica voz censora, es una psique femenina que, por sí sola, ya viene entrenada en el ninguno.